

Víctor Català
LA MADRE
BALLENA
y otros cuentos

Víctor Català
LA MADRE
BALLENA
y otros cuentos

Ilustraciones de
Elena Ferrándiz

Selección y traducción de
Care Santos

Nørdicalibros
2023

© Club Editor 1959 SLU &
Herederos de Caterina Albert, 2022
Esta edición c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria

© De las ilustraciones: Elena Ferrándiz

© De la selección, traducción y el prólogo: Care Santos

© De esta edición: Nórdica Libros S. L.

C/ Doctor Blanco Soler, 26 - C. P. 28044, Madrid

Tlf.: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-19320-80-3

Depósito Legal: M-7979-2023

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)



Diseño de colección y maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y
Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



PRÓLOGO
La cuarta cara del corazón
de Care Santos

En su *Curso de literatura catalana contemporánea*, el poeta, traductor y crítico Gabriel Ferrater comparó *Solitud*, la novela más reconocida de Víctor Català, con *Cumbres Borrascosas*, de Emily Brontë. A pesar de todas las reticencias del autor a considerarla una obra mayor, y de esa conducta a menudo desdeñosa o condescendiente con que muchos de los escritores de todos los tiempos han tratado a sus contemporáneas escritoras, no hay duda de que es una comparación acertada, magnífica. No solo porque ambas novelas, dice Ferrater, son «una alucinación erótica», también porque comparten la dimensión simbólica, el tono de tragedia inefable, la gigantesca dimensión psicológica de sus protagonistas, la valentía y la originalidad de la mirada de sus respectivas autoras y —lo más importante— su condición de alta literatura. Literatura escrita a contracorriente.

Me gusta imaginar a Caterina Albert i Paradís, nombre real de Víctor Català, como parte de una hermandad de mujeres insólitas a la que también pertenecen Jane Austen, Emily Brontë, George Eliot, Emily Dickinson, Emilia Pardo Bazán y Mercè Rodoreda. Mujeres que escribieron en un mundo de hombres, que trazaron estrategias para continuar con sus quehaceres literarios a pesar de las muchas trabas, que pagaron su osadía con vidas solitarias, diferentes, aún hoy misteriosas, desde luego muy alejadas de las de la mayoría de las mujeres de su tiempo. Autoras que desconcertaron, escandalizaron o asustaron a la mayoría de los hombres de su época, incluyendo, claro está, a sus colegas intelectuales, en especial a los más cacareantes.

Caterina Albert i Paradís nació el 11 de septiembre de 1869 en la pequeña localidad costera de L'Escala (Girona), en el seno de una familia acomodada y terrateniente. Su padre fue abogado y político, de creencias republicanas y federalistas. Llegó a ser alcalde de L'Escala y diputado provincial. Su madre era la *pubilla* o heredera principal de un linaje de importancia, además de aficionada a escribir versos. La casa era el caldo de cultivo ideal para despertar vocaciones artísticas. Caterina fue la mayor de cuatro hermanos. Huyendo de los fríos húmedos de la Costa Brava, los Albert pasaban los inviernos en Barcelona, donde Caterina entró en contacto con la vida cultural barcelonesa y con la intelectualidad de su tiempo. Además de por la escritura, se interesó por la escultura y la pintura. En ambas disciplinas recibió lecciones de instructores particulares, aunque terminó abandonándolas por la literatura. Comenzó a publicar con poco más de veinte años, cuando algunos poemas suyos aparecieron en el semanario republicano y satírico *L'Esquella de la Torratxa*. Poco antes de cumplir los treinta terminó un monólogo dramático en verso, *La infanticida*, y lo presentó a los Juegos Florales de Olot.

La infanticida es el monólogo interior de una mujer, Nela, que ha sido recluida en un sanatorio mental tras matar a su bebé arrojándolo a la rueda de un molino. El relato está cargado de violencia, no solo por el asunto principal, también por la condición de la protagonista, sometida desde niña a las amenazas de un padre abusador, engañada en la relación amorosa que dio lugar a su embarazo y que terminó en abandono y traición.

El jurado de los Juegos Florales, íntegramente formado por hombres, valoró la calidad literaria y la valentía de una obra —en palabras de la profesora Margarida Casacuberta— «exasperadamente realista». Puntualizaron, asimismo, que convenía hacer algunos retoques en el texto para evitar atentados a la moral y al buen gusto, pero la creyeron merecedora del premio y, por supuesto, de la publicación que

conllevara. No esperaban que el autor fuera una mujer. Ninguno de ellos, y tampoco la muy tradicional sociedad de Olot, pudo soportar que aquella obra descarnada, que decía verdades como puños sobre el desvalimiento de las mujeres y sobre las mentiras de la maternidad, hubiera surgido de una mente femenina. Tildaron *La infanticida* de inmoral. Decidieron no publicarla. Peor aún: le retiraron a su autora el premio que acababan de concederle.

A consecuencia de ello, Caterina Albert decidió convertirse en Víctor Català. Trazar una gruesa línea divisoria entre su vida privada, su personalidad real, y su obra literaria. Adoptó, como tantas otras escritoras, un pseudónimo masculino, que había de evitarle problemas, explicaciones y, sobre todo, juicios morales. Se parapetó. El pseudónimo lo tomó del personaje principal de una novela que estaba escribiendo y que nunca acabaría. En cierto modo, pues, se transformó en su propia ficción. En una entrevista concedida a la *Revista de Catalunya*, reflexionó sobre lo ocurrido y sobre su concepción del arte: «¿Acaso puede tener límites la obra del artista? No me parece que unas normas morales puedan frenarla. Creo elemental abogar por la independencia del arte. Gracias a esta independencia he podido ser fiel a mi vocación, que todo el mundo habría querido intervenir. No reconozco otra norma que la del buen gusto, ni otra inmoralidad que la de la inutilidad. La obra mal hecha es, por eso mismo, la obra inmoral».

La inmoralidad, la crudeza, la violencia de sus argumentos fue siempre una clave de su obra. Lo que más vieron y le criticaron sus contemporáneos. Ese punto de vista sin concesiones, terrible si el autor era un hombre, pero insoportable si era una mujer. ¿Una mujer contando una violación? ¿Una señora hablando de los amores entre dos mujeres de distintas clases sociales, una de ellas aparentemente muy respetable? ¿Una dama atreviéndose a revelar el capricho amoroso de una vieja por un jovencito? No es de extrañar que Caterina Albert decidiera protegerse tras su pseudónimo. Como le contó al editor Josep Matheu en

una carta fechada el 22 de abril de 1903: «Francamente, no creo que valga la pena someterme al juicio de esta multitud llena de prejuicios estúpidos, deseo conservar el anonimato para librarme de ella».

Muy celosa de su soledad —«la soledad tiene tantas bellezas y atractivos como la más sabrosa compañía», escribió—, de la «vida de su casa», hizo todo lo posible por preservarla y defenderla. Y lo logró, incluso después de que se hiciera público quién se escondía tras su nombre de pluma. Como afirma Casacuberta: «La soledad, una emersoniana confianza en uno mismo y una habitación propia: he aquí los ingredientes básicos de la creación literaria y artística en el contexto de la modernidad». De su «habitación propia» en el desván de la casa familiar, por cierto, escribió la autora en su libro *Mosaic*: «Tengo un nidito mío bajo un tejado, como las golondrinas, solo un nidito, y con él poseo todas las riquezas; todas esas riquezas que no se cuentan por millones y que, tal vez por eso, los que tienen millones no pueden contar».

Los asuntos que recorren los relatos de esta breve colección podrían considerarse una muestra de lo que la obra de Català dio de sí. No solo dan cuenta de una variedad amplia de escenarios —reflejo de las propias experiencias de su autora—, que van del mundo rural catalán a la alegría de los pueblos costeros, de la vida y los trabajos de las masías a las cuitas de una gran ciudad como Barcelona. Lo hacen desde la proximidad a lo real y con gran mimo por el detalle. La pequeña diferencia insalvable, el accidente geográfico solo conocido a una escala muy local, las particularidades del habla de un pequeño pueblo del Ampurdán o todos los matices cromáticos de un paisaje gerundense, todo queda reflejado en estos textos con la precisión con que lo hace una observadora atenta y paciente. «Todo tiene su poesía en este mundo, incluso los tejados», dijo su autora. Y en eso puso todo su empeño: en desvelar y compartir la poesía que ella sabía ver en el mundo, en su mundo.

Sus palabras, sus expresiones y su atención al detalle nos transportan a una Cataluña pretérita, en su mayor parte desaparecida, que contrasta con los asuntos en los que pone su atención, tan avanzados a su tiempo que parecen sacados de una sesión parlamentaria celebrada ayer mismo o de un catálogo de las mayores lacras de la sociedad más actual. Sus cuentos parecen escritos para lectores del siglo XXI más que para los de fines del XIX o principios del XX. En ellos topamos con el capricho de una anciana por el novio de su joven criada, el acoso perpetrado por un puñado de niños solo inocentes en apariencia, un amor lésbico lastrado por la diferencia de clases, el tabú de la infertilidad femenina y sus consecuencias, el abandono de los viejos por parte de los ocupados jóvenes o los límites de la auto-defensa y la redención de una mujer ante una agresión sexual.

Es lógico que Víctor Català tuviera que defenderse a menudo de quienes la acusaban de escribir sobre temas demasiado duros, de ofrecer una visión demasiado pesimista del mundo. «Yo amo la vida tal y como es: dulce y amarga, clara y sombría. Querría abarcarla toda, pero ¿qué culpa tengo si son las tintas negras las que más impresionan a mi retina?», afirmó en una entrevista para *Revista de Catalunya* en 1926. En la introducción a su libro *Ombrívols (Sombrías)*, publicado en 1904, fue aún más lejos: «El corazón humano es como una casa a cuatro vientos: por tres de sus caras da ya el sol, ya la sombra, pero la cuarta está reservada exclusivamente a la sombra. Los que observan las tres primeras ven cuadros alegres rebosantes de vida [...]. Pero quienes miran la cuarta cara tropiezan con visiones sombrías, ennegrecidas de sombras heladas [...]. Cuando yo empecé a observar a través de mi corazón las cosas del mundo me empeñé en hacerlo por la cuarta cara».

La cuarta cara del corazón. Ese es el lugar desde el que están escritos estos relatos. Un lugar incómodo, desde luego.

Por rocambolesco que parezca, otra acusación a la que la autora hubo de enfrentarse con frecuencia fue la de inventar vocabulario. Muchos creían —y así lo dijeron— que utilizaba palabras de propio cuño cuando no encontraba otras disponibles. De nuevo, tuvo que defenderse de unos ataques que hubieran sido ridículos incluso en el supuesto de ser ciertos —¿cuál es el mejor servicio que un escritor puede prestar a su lengua sino el de revisarla, actualizarla y enriquecerla?— y que ni siquiera hoy se han disipado del todo, a pesar de los estudios que han demostrado lo contrario. Tengo la impresión de que a veces ocurre con Víctor Català el mismo absurdo que ocurre con William Shakespeare: no cabe en la testa de muchos que una sola persona pudiera poseer semejante riqueza idiomática, hasta el punto de que es más fácil inventar teorías conspiratorias que asumir la superioridad de un escritor, es decir, un mortal, que no hace sino evidenciar la inferioridad del resto (incluido el conspirador).

La riqueza expresiva de Víctor Català es, sin duda, lo más impresionante de su estilo. Su obra no solo es un alarde de léxico, expresiones populares y refranes, también demuestra un gusto muy claro por los localismos y por las expresiones en peligro de extinción. En el prólogo de *Quincalla*, una curiosa obra que recopila docenas de refranes que Català inventó a lo largo de décadas a modo de divertimento, solo para salvaguardar ciertas palabras y expresiones, su sobrino Lluís Albert refirió una frase que su tía pronunciaba con gran disgusto: «En Cataluña mueren palabras todos los días». Y añade Lluís Albert: «La conservación de nuestra lengua constituía para Caterina Albert una auténtica obsesión. El progresivo empobrecimiento y la degradación colectiva del léxico catalán la entristecían profundamente».

De modo que Caterina Albert hizo lo mejor que podía hacer: puso su obra al servicio de la lengua que amaba y en la cual escribía.

De modo que la vastísima riqueza de sus expresiones, y ese exuberante vocabulario que tantos creyeron —y creen aún— inventado no es ni más ni menos que el resultado de su voluntad de preservar un idioma pequeño y amenazado de esa muerte lenta que tanto le dolía. A pesar de todo, y mal que nos pese, lo consiguió solo en parte. Es imposible leer hoy la obra de Víctor Català sin sentir una profunda desazón por una lengua a la que, irremediablemente, se le siguen «muriendo palabras» a diario. Aunque precisamente por eso su voz, toda su literatura, es de tan vital importancia. Porque logró preservar aquella exuberancia para sus lectores venideros. Al mismo tiempo, qué enorme reto, como traductora de esta media docena de relatos que el lector tiene en sus manos, verter todo ese tesoro al castellano, tratando de dar con la palabra más precisa, la más cercana a la intención de su autora, la menos traidora, la que haga justicia a la sonoridad y la belleza del original. Espero haber sido capaz.

La autora que late en estas páginas sorprenderá a muchos lectores. En primer lugar, por su escasa difusión más allá de las fronteras lingüísticas del catalán. Se suele decir que las dos grandes autoras del siglo xx fueron Víctor Català y Mercè Rodoreda. Sin embargo, el conocimiento que se tiene de la segunda supera con creces la fama de la primera. De Caterina Albert/Víctor Català, más allá de su célebre novela *Solitud* (*Soledad*), se conoce poco. Así ocurría también hasta no hace tanto en el ámbito del catalán, hasta que la editora Maria Bohigas al frente de la histórica y excelente Club Editor decidió emprender, en los últimos años, el rescate de su obra. Lo mismo ocurrió con la publicación de parte de su extensa correspondencia a manos de la estudiosa Irene Muñoz. Estas recuperaciones, y las que están por venir, han sido uno de los grandes acontecimientos de la literatura en catalán de las últimas décadas.

Ojalá estos seis relatos sean también algo parecido a un acontecimiento. O, con más modestia, un festín, una sorpresa, una alegría

para lectores curiosos, ya por fortuna muy distintos de aquellos contemporáneos de la autora que nunca pudieron perdonarle su condición femenina ni su posición social.

Ojalá esta media docena de historias sean una celebración de la capacidad que tiene la buena literatura para interpelarnos a pesar de todas las distancias; para hablar de lo peor y lo mejor que somos. Y, por supuesto, para no dejarnos indemnes. Ojalá las palabras de Caterina Albert sigan provocando a sus lectores, por mucho que haya pasado el tiempo y que la mayoría de los presentes no hubieran nacido cuando ella murió, el 27 de enero de 1966.

Es hora de acabar de una vez e ir a lo que importa. Es decir, los relatos. Me pregunto si tanto prolegómeno sería del gusto de su autora, a quien imagino impaciente por empezar, diciendo en un tono no del todo amistoso: «Y con este ligero toque de atención a modo de *introito*, es suficiente por hoy».

Bibliografía citada

Casacuberta, Margarida, *Víctor Català, l'escriptora emmascarada*, Barcelona: L'Avenç, 2019.

Català, Víctor, *Obres completes*, Barcelona: Editorial Selecta, 1951.

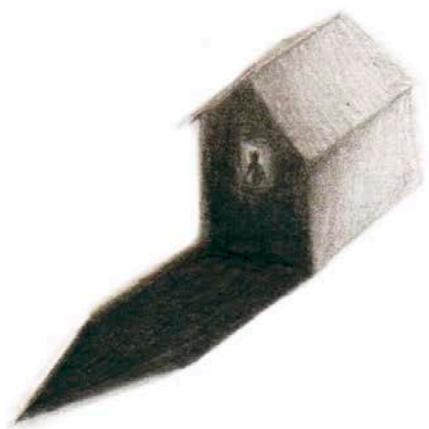
—, *Quincalla. Mil adagis per aprendre vocabulari*, Barcelona: Edicions 62, 2005.

—, *Mosaic*, Barcelona: Club Editor, 2021.

Ferrater, Gabriel, *Curs de literatura catalana contemporània. Conferències a la Universitat de Barcelona (1965-66 i 1967)*, Barcelona: Empúries, 2019.

Muñoz i Pairet, Irene (ed.), *Epistolari de Víctor Català (Volum I)*, Girona: CCG Edicions, 2005.

—, *Epistolari de Víctor Català (Volum II)*, Girona: CCG Edicions, 2009.

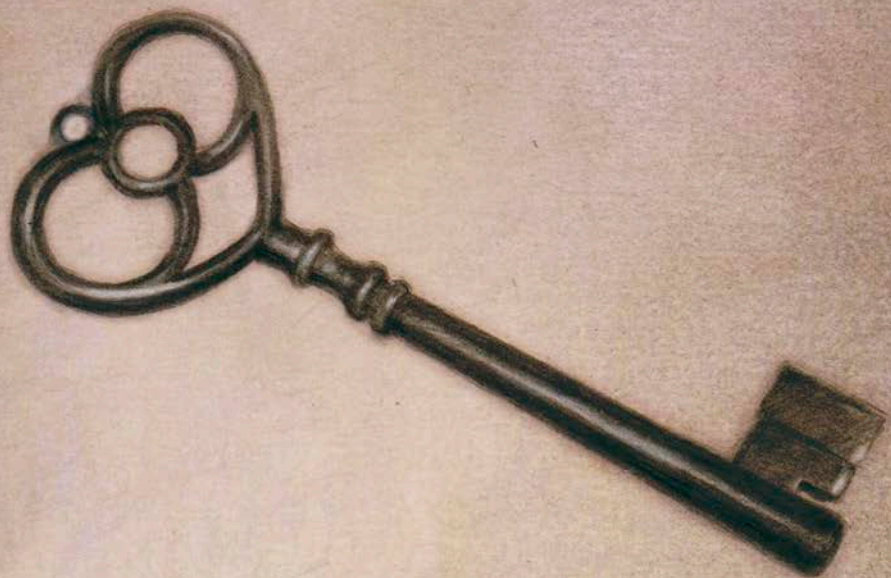


La novia de Piu

En cuanto se celebraron los funerales y el regente quedó instalado en la rectoría, la señora Pelegrina se retiró a su casa. Hasta entonces nadie había sospechado que aquella bonita casa de la calle Mitjà perteneciera al ama de llaves. Dos años atrás, al querer venderla sus propietarios —unos americanos del pueblo que regresaban a Guanabacoa—, la señora Pelegrina hizo aparecer a un hombre de paja que trató y contrató por cuenta propia, pero que le cedió sus derechos en el acto de leer la escritura; y como que esta se firmó en Girona y desde allí los vendedores salieron hacia América, la cosa fue ignorada por todos.

Por eso la sorpresa resultó tan enorme cuando, a la muerte del señor rector, el ama de llaves se mudó a la casa de los americanos y la gente comprendió que no lo hacía en calidad de inquilina sino de propietaria. Fue entonces cuando a toda prisa se reprocharon en voz alta muchas cosas que hasta entonces solo se habían comentado entre dientes: como, por ejemplo, el gran patrimonio que debía de tener el difunto señor rector y la oferta del regente, que por la rectoría parecía que hubiese pasado Boquica¹, y las conferencias secretas del preboste mayor con el ama de llaves tiempo atrás, y las idas de aquel a Barcelona a comprar papel oficial y la adquisición, mediante procuradores, de unos censos a Roc Panís, y las hipotecas de las tierras Masnovell —la mejor hacienda de los alrededores— a

¹ Nombre popular con el que fue conocido el bandolero Josep Pujol i Barraca (1778-1815). (*Todas las notas de esta edición son de la traductora*).



cambio de unos cuantos paquetes de isabelinas² que habían llegado a manos del heredero no hacía tanto...

Y una vez inventariadas al menudo las muchas señales de prosperidad, a la gente no le quedó ninguna duda de que el ama de llaves sacaría las uñas y se dejaría ver por el pueblo, rumbosa y más entonada que un pavo real.

Pero la gente se equivocó de medio a medio.

Fuera de la rectoría, la señora Pelegrina continuó siendo y haciendo lo que en la rectoría había sido y hecho siempre.

Iba a misa de buena mañana y al rosario cada día al anochecer, los domingos a *función* de tarde y a lo largo del año a tanto comulgar como señalaban las campanas y a tantas procesiones como salían a la calle; tenía a su cargo el altar de la Purísima y limpiaba, planchaba y doblaba los paños de tres o cuatro altares más; no dejaba ir sin limosna a un solo mendicante de puerta, y mantenía de su bolsillo a una cieguita que guardaba cama.

Por lo demás, ningún alma viviente la veía o la oía en ninguna parte y llevaba la vida modesta y retirada de persona que tiene su sustento y que no desea ser molestada ni molestar a nadie. Había ya pasado de los cincuenta y era una mujer pequeña y contrahecha como una bellota, roja de cara, larga de nariz y con unos ojos saltones que tenían mucho blanco y poco negro bajo los párpados encarnados, extendidos como el damasco que cuelga de un balcón. Caminaba muy erguida, con la barbilla refugiada en sus propias lorzas y las dos manos en la cintura, metidas en el hueco que quedaba entre el voluminoso vientre y un pecho tan desmedido que al caminar, por mucho que estirara la pierna, le impedía ver dónde ponía el pie. Su modo de hablar era mesurado y sentencioso, y las faldas de merino negro y el mantón rematado en un pico sobre la cabeza, que

² Monedas de oro emitidas durante el reinado de Isabel II en España (1833-1868).

nunca desamparaba, le conferían un hermoso aire de reverencia. No se tenía memoria de haberle visto jamás un lamparón o de haberla oído pronunciar una palabra más alta que otra. Afable y seria con todos, daba, calle arriba y calle abajo, los buenos días y las buenas noches sin levantar los párpados ni desclavar las manos de la cintura.

La única diferencia que se le notó al mudarse fue esta: que mientras estuvo en la rectoría tenía dos mujeres que le hacían las faenas y al pasar a su propia casa tomó una criadita interna.

Esta criadita era una muchacha de bien: mansa como un borrego, con una nariz hundida de raíz como el canto de un duro y unas ganas de trabajar que ni hechas por encargo. Había cumplido dieciséis años y se notaba que aquellos dieciséis iban a durarle toda la vida. Más allá, lo más importante que la criada tenía era su madre: una madre viuda y pobre (que es como ser dos veces pobre o dos veces viuda), con un viejo tullido para molestarla, tres bocas que cerrar y media peseta de jornal, salvo ausencias y festivos. Esta mujer, cansada de llevar sola esta cruz, llamó a su hija a capítulo un buen día y le habló así:

—Escucha, tú, alelada, y cuídate de meterte en la memoria todo lo que te diga. Voy a alquilarte en casa de la señora Pelegrina rectora, y esta tarde te llevaré hasta allí. He dicho que te portarás bien y pobre de ti que me pongas en una afrenta, porque estarías buena. Ahora te enseñaré los mandamientos que debes seguir y cuídate de no olvidarte nada. Primero: trabajarás hasta que se te caigan las uñas o hasta que le des lástima. Segundo: ahorrarás en aceite como si cada alcuza costara una onza. Tercero: comerás poco para no dañarte las tripas ni castigarle el bolsillo. Cuarto: la halagarás como si siempre fuera san Roque en el día de su fiesta. Quinto: no le cotillearás nada a nadie, como si una avispa te hubiera pellizado la lengua. Sexto: no te ensuciarás la ropa para no tener que gastar mucho en jabón. Séptimo: te levantarás muy de mañana para no sufrir pereza ni rasgar sábanas. Octavo: no te quejarás de ningún mal hasta

que pidas la extremaunción. Noveno: no pedirás que te digan nada dos veces, para que no te tomen por sorda. Y décimo: cuando te metas en la cama rezarás el *A Dios me encomiendo* tan fuerte como si se te llevara el alma el diablo. Estos diez mandamientos se resumen en dos: tener contenta a tu señora y respetar la vara de la justicia. —Y le enseñaba su brazo, desarrollado como una maza guerrera—. Porque si le rompes un plato te arrastraré de los pelos; si le das una mala respuesta, te estrangulo; y si tiene que echarte, ¡te descuartizo viva! ¡Ahora ya lo sabes!

Pauleta se quedó azorada, como si el cielo hubiera caído sobre su tejado; mas tan firmemente debieron de estamparse en su cerebro los mandamientos que no se tuvo noticia de que hubiera faltado a uno solo ni una vez. Pero su madre, como si deseara refrescarle la memoria, de vez en cuando comparecía en la calle Mitjà y, observando con aires de dictador hacia donde estaba la muchacha, solía preguntar a la dueña:

—Y bien, señora Pelegrina, ¿la bestia ara derecho?

—Derecho como un hilo, Paula —contestaba la interpelada, sonriendo con gravedad mientras hundía la barbilla en las lorzas.

—¿Tiene maneras?

—Más que un mendigo.

—¿Es sufrida?

—Más que una almendra de cáscara dura.

—¿Come demasiado?

—Lo que ha de menester... No se apure, Paula; por ahora todo va como es debido.

—Es que, si hace falta, ya sabe que tiene mi derecha para...

—Para descuartizarla, sí. Lo tengo presente.

Y el ama de llaves soltaba una risita divertida que hacía que le temblara toda la papada. La mayor expansión que se le conoció jamás.

Ya lo creo que la señora Pelegrina estaba contenta con Pauleta. No podía encontrar otra mejor que ella ni buscando con una linterna. A

saber: le ordenaba la casa, le hacía la cocina, le lavaba la ropa, le cuidaba una sesentena de conejos, le removía las tierras del huerto, le vendía la fruta sobrante, la ayudaba a hacer confituras y flores de conchas, a planchar, a acanalar los manteles de la iglesia y a remendar la ropa blanca; y todo esto mirando por los ahorros más que ella misma, por seis tristes pesetillas cada mes.

Las vecinas, al ver aquel trajín tan de seguido y aquella gran devoción por su señora, decían con maldad:

—No está ahí por la voluntad, está ahí por la fianza.

—¡Quien sirve a buen señor, logra gran galardón!

—Bien que sabía dónde la arrimaba, la pícara de Paula.

—¡Mal hado la empuja! Podrá llevar faldas de alepín³ y pañuelo de sol y sombra...

Porque todo el mundo estaba convencido de que Pauleta sería la heredera del ama de llaves; y eso no por pensamientos temerarios, sino porque un día una vecina, más arriesgada que las demás, se atrevió a decirle algo a la señora Pelegrina y esta, dejando caer sobre la blancura de los ojos la espesa cortina de los párpados, contestó reposadamente:

—Todo lo que sube está por caer... Las voluntades hacen a las personas y el adagio dice que por bien servir no se pierde soldada.

Incluso Pauleta, adiestrada por la malquerencia de la gente y por las advertencias y amenazas de su madre, había llegado a entrever la ventura que podía sucederle. Y aquella ventura remota enseguida tomó un deje amargo, como todas las venturas.

Un día su madre le dijo a solas:

—Cuando de un día para otro te veas propietaria de casa de los americanos, quiero que mandes tapiar el balcón de la sala. Hace que me dé vueltas la cabeza y cualquier día me estampo...

³ Tela muy fina de lana.



Pauleta abrió mucho los ojos, experimentando como una pereza de protestar, pero su madre le desgarró el intento con una mirada furibunda y soltando esta sentencia:

—Es que si no te conformas te saco de allí y entonces no tendrás ni balcón ni casa.

Ante tal ultimátum, Pauleta no tuvo otro remedio que aceptar. Tapiaría el balcón. Pero desde entonces no podía resignarse. Precisamente ese balcón, que era, de todo lo que tenía la señora Pelegrina, lo que más le gustaba. Los domingos por la tarde, cuando salía de la función de la iglesia, dejando allí a su ama un rato más, ella corría hacia casa y antes de ponerse a sus quehaceres, salía un poco al balcón; solo cinco, diez minutos, por miedo a que la descubrieran. Pero aquello era para ella lo mejor de la fiesta. Acariciando apenas la baranda con las yemas de los dedos, como si tuviera miedo a quemarse, estiraba el cuello como una grulla y, sin moverse ni un poco, observaba la calle como hechizada... También a ella, como a su madre, la cabeza le daba vueltas y por eso debía quedarse muy quietecita, pero sentía un bienestar, un dulzor, en aquella especie de temblor y de mareo que llegaban enseguida. Y era entonces cuando soñaba... soñaba un sueño deslumbrante de grandezas. Cuando ella fuera propietaria, como ya no tendría tanto trabajo y nadie podría regañarla, saldría todos los días un rato al balcón, y también los días de fiesta, mañana y tarde... No envidiaba ningún otro privilegio sino la riqueza. ¡Y precisamente era contra aquel sueño único que atentaba su madre! Pauleta no se lo podía creer, y cada vez que pensaba en el ultimátum asomaban las lágrimas a sus ojos. No se conformó un poco hasta que se le ocurrió una idea salvadora. Cuando fuera propietaria tapiaría el balcón, ya que la señora Pelegrina siempre le decía que no hay que quebrantar el respeto por los padres, pero en cuanto su madre muriera, volvería a abrirlo. Respiró: con estas condiciones el sacrificio ya era más razonado; y si se diera el caso de que su madre faltara antes de que ella heredara, ¡entonces...!

Y Pauleta se reía sola, pensando en aquella simplificación del conflicto.

Atraídos por la herencia en perspectiva, empezaron los muchachos a fijarse en Pauleta y en poco tiempo le surgieron tres o cuatro pretendientes.

Pauleta hablaba de ellos con su madre y la madre le decía:

—Cuéntaselo a la señora Pelegrina; tiene que ser de su gusto, porque si no...

Aquel *si no* atemorizaba a Pauleta, y la misma tarde pedía consejo a su señora. Esta meditaba, y después solía contestar:

—Para mí, este muchacho tiene esta tara, y esta otra, y la de más allá... Yo de ti lo dejaría correr, Pauleta; no te van a faltar pretendientes, con la ayuda de Dios...

No se hablaba más del asunto, y Pauleta, mansa como un cordero, dejaba ir al pretendiente.

Los jóvenes, molestos, comenzaron a decir:

—¡Qué humos la de casa de los americanos! ¡Ni el rey le está bueno!

Pero algún día tenían que cambiar las cosas.

Cierta tarde, antes de cenar, la muchacha se explicó así:

—Señora Pelegrina, nunca diría quién querría hablarle a una servidora...

—¿Quién?

—Piu, el de las Cabras.

La señora Pelegrina levantó los párpados.

—¿Piu el de las Cabras? ¿Quién te ha embaucado, criatura?

—La tía de Piu ha hablado con mi madre, señora Pelegrina.

La señora Pelegrina reflexionó.

—Eso ya es otra cosa. ¿Y qué le ha dicho tu madre?

—Que lo hablaríamos con usted, y que lo que usted decida estará bien.

La señora Pelegrina terminó con la aguja, se la plantó en la cola postiza y se apoltronó en la silla.

—¿Y a ti qué te parece, Pauleta?

—Caray, señora Pelegrina..., una servidora..., yo..., caramba, yo diría... que es un muchacho galante, señora Pelegrina... —declaró muy sonrojada y encogida Pauleta (era la primera vez que le pedían opinión).

—No le tengo por conocido, precisamente. —Y la señora Pelegrina, con las cejas fruncidas y los labios estrechos, concentró toda su atención en los menguados, que estaba empezando.

Al cabo de poco rato la desazón no dejó en paz a Pauleta.

—¿Usted qué opina, señora Pelegrina? —se atrevió a preguntar.

—¿De qué?

—De esto..., de Piu...

—Ya no me acordaba... Déjame pasar la aguja... Ahora te atiendo... Decías de Piu... Si ha hecho que le hablen a tu madre, debe de ir con buena intención...

—Sí que va, señora Pelegrina —dijo con rapidez la muchacha.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Porque, caramba..., porque su tía me lo ha dicho...

—No basta con eso, mujer. La tía puede decir lo que quiera... Hemos de verle a él.

Pauleta tuvo una alegría.

—¿Quiere que mañana le diga que venga, señora Pelegrina?

—Válgame Dios, ¡qué inocente eres! Esto tiene que ser a la callada, sin dar a nadie que hablar hasta que esté hecho.

A la muchacha, desesperanzada, se le cayó de entre los dedos la trufa que estaba pelando.

La señora acabó en silencio el menguado y después añadió:

—Mañana le dirás que traiga la leche durante una quincena. Se la iba a comprar de todos modos.